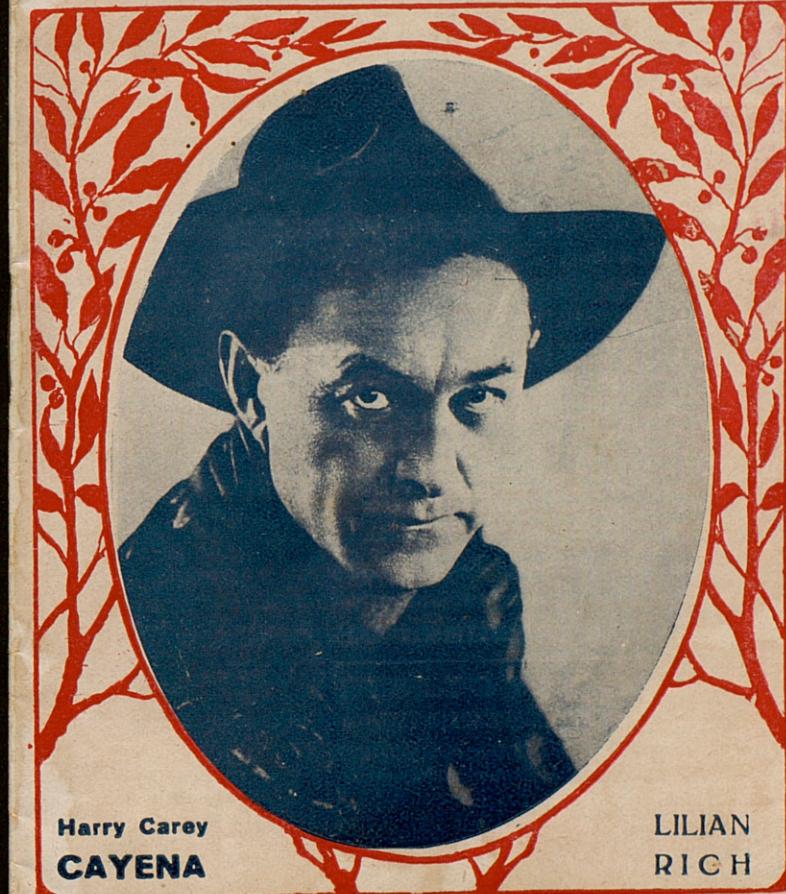


Biblioteca-Films

N.º
192

De hombre a hombre

25
CTS.



Harry Carey
CAYENA

LILIAN
RICH

BIBLIOTECA FILMS

"TÍTULO DE LA SUPREMACIA"

Redacción, Administración y Talleres:
VALENCIA, 284

Centro de Repartos de Publicaciones:
BARBARÁ, 9

AÑO IV

Teléfono núm. 958 G.
BARCELONA

Núm. 192

APARECE TODOS LOS MARTES

■ REVISADO POR LA CENSURA PREVIA ■

MAN TO MAN 1922

De hombre a hombre

Adaptación en forma de novela de la emocionante película del mismo título interpretada por el «as» de la pantalla

Harry Carey (CAYENA)

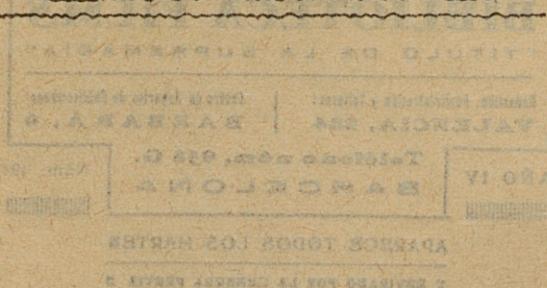
Exclusivas: DIANA

Rosellón, 210 - Barcelona

REPARTO

Cayena Packard . . . **Harry Carey (Cayena)**
Miss Terry Temple . . . **Lillian Rich**

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA



Caminando sin cesar a través de los campos y montañas, escalando picos y senderos, extenuado por el hambre y la fatiga, iba un pobre hombre andrajosamente vestido. Su aspecto era el de un loco o el de un vagabundo peligroso, si se reparaba en su miseria. Sin embargo, aquel ser misterioso era un ser desgraciado, arrojado de la vida tranquila de un hogar por la fatalidad del Destino.

Había llegado, en su andar de Judío Errante, a un pueblo donde era desconocido de todos y donde la gente rehuía su trato, considerándole como salteador de caminos.

Hacía un año tuvo que huir de su pueblo, situado en el interior de California, donde quiso continuar su vida de siempre cuando salió del presidio. Había permanecido en éste durante tres años, acusado de haber falsifi-

cado, en un cheque, la firma de su abuelo, avaro y, como tal, de corazón duro como las monedas que guardaba en su caja.

Cuando fué a cobrar el cheque a un banco de San Francisco, el cajero le hizo detener, al comprobar la tentativa de estafa, y el detenido se negó en absoluto a declarar el nombre del verdadero culpable, puesto que se lo impedía el juramento que había hecho de guardar el secreto.

Al enterarse su abuelo del delito cometido por su nieto renegó de él, y el muchacho cumplió su condena, con esa tranquilidad de conciencia que produce el haber satisfecho, con un sacrificio, una deuda sagrada de gratitud.

Desde que huyó de su pueblo fué recorriendo, en dolorosa peregrinación, ciudades y pueblos que lo alejaban, cada vez más, de los lugares donde transcurrió su niñez.

En este caminar constante, cayó enfermo de cierta gravedad y el escaso dinero que tenía desapareció con la misma facilidad que el agua de una esponja estrujada. Después de algunas semanas pudo, por fin, abandonar el lecho y comenzar de nuevo su lucha contra la inclemencia de la vida.

Para distraer un poco sus téticos recuerdos, entró en el establecimiento de bebidas, salón de baile y de juego, todo en una pieza.

El patrón del café le recibió groseramente, al verlo vestido de aquella forma y cuando el

vagabundo le pidió a beber le exigió por adelantado el pago de la consumación, diciéndole:

—Le advierto que aquí no servimos a los forasteros hasta que han pagado.

Comprendió él la desconfianza del dueño y, sin decir una palabra pagó con la última moneda que le quedó olvidada en uno de sus bolsillos.

Cuando levantó la copa para beber su contenido, sus ojos tropezaron con una carta, colocada en un casillero del mostrador y exclamó señalando para ella:

—Esa carta es para mí, patrón. Yo respondo por ese nombre.

Cogió el dueño el sobre y entregándoselo respondió:

—Tómela usted, pues; estaba aquí desde hace algún tiempo.

Con la carta en su poder, se alejó a un rincón de la sala y empezó a leer su contenido que decía:

Señor Cayena Packard: Le he escrito a todos los Ranchos de los lugares donde he supuesto que usted podría hallarse, al fin de alcanzarle en uno de ellos, para comunicarle que ha pasado a ser propietario del Rancho Dorn, por fallecimiento de su querido padre.

Aquí se le aprecia a usted mucho; ya sabe que sus vaqueros no han creído nunca que usted hiciera nada malo... Fué usted a presidio

porque así lo quiso alguien o algo que no acertamos a descifrar. Deje ya de correr mundo a la aventura para olvidar su desgracia y venga al Rancho antes de que a su abuelo, el viejo Packard, le den tentaciones de quedarse con lo que le pertenece a usted por expresa voluntad de su difunto padre.

Le saluda y sabe le aprecia mucho su vaquero

BILL ROICE.

El vagabundo se pasó el dorso de la mano para secarse una lágrima que asomó a sus ojos y sin que nadie se apercibiera de su presencia, se quedó ensimismado en sus pensamientos.

Los recuerdos se agolpaban en su mente y recordaba los tiempos felices, en que recorría en briosa cabalgadura, las inmensas llanuras propiedad de su abuelo y de su padre. Se hallaba sumido en estos recuerdos, cuando entró en el salón una linda mujer que abrazó a un joven apuesto que saboreaba las delicias de una sueculenta comida, junto con otro compañero. A las caricias de la mujer protestó el primero de los comensales, indignado de la interrupción y entonces le suplicó ella humildemente:

—Piensa en nuestra hija; mira que yo ya no

puedo más... ella es mayorcita y es preciso que...

—¡A mí qué me cuentas de nuestra hija!— repuso rechazándola—. ¡Yo no tengo nada que ver contigo!

Aquellas palabras sublevaron a la pobre madre y le rerimió su villano proceder, de haber vivido con ella durante diez años para abandonarla ahora.

Ante la acusación de la infeliz se levantó el malvado y de un formidable empellón la arrojó contra el suelo.

Ninguno de los presentes protestaron de la ignominiosa conducta del malvado, pero Cayena no pudo contenerse, al presenciar la escena, y salió en defensa de la mujer, diciéndole al burlador:

—¡El que maltrata a una mujer es un cobarde!

—¿Quién es usted para meterse donde no le llaman?—le preguntó el joven.

—¡Un hombre capaz de hacerle comprender cómo se trata a las mujeres!—repuso Cayena, poniéndose en guardia.

Los que estaban en el café rodearon a los dos hombres, quienes, sin mediar más palabras luchaban ya ferozmente.

Cayena, más fuerte que su contrario, no tardó en vencerle y éste, avergonzado de su derrota, sacó un revólver y disparó. La fatalidad que a veces se complace con el catigo de



—¡El que maltrata a una mujer es un cobarde!

los inocentes, guió la bala y ésta fué a herir a la infeliz seducida, que cayó al suelo bañada en sangre.

Al ruido de las detonaciones, que siguieron al primer disparo, los que se hallaban en el café se refugiaron en el interior de la casa y Cayena aprovechó la confusión para tomar en sus brazos a la herida y conducirla a su casa.

En su pobre vivienda, una preciosa niña de ocho años, el fruto de aquellos desgraciados amores, esperaba la vuelta de su madre y al

verla en aquel estado se abrazó a ella gritando:

—¡No te mueras, mamá! ¡Quién me quedará en el mundo? ¡No me dejes, mamá, no me dejes!

El llanto desgarrador de la inocente criatura hubiera ablandado el corazón más duro, y la pobre madre, sintiendo que la vida se le iba por minutos, agarró entre sus manos las de su noble defensor y aún tuvo fuerzas para suplicarle:

—Sea usted quien sea, buen hombre, es usted mejor que los demás. Mi hija... va a quedarse sola en el mundo... Prométame usted que la protegerá... ¡verdad que sí!... No le diga usted nunca quién fué su padre... ¡Que no conozca jamás... a ese... mi... se... ra... ble.

El esfuerzo había sido supremo y segundos después, Keala, la pobre huérfanita, y Cayena, lloraban a los pies de la pobre muerta.

II

La suerte que, hasta entonces se había mostrado tan esquiva con Cayena, empezó, desde aquel día, a serle propicia. Consiguió un buen empleo en un Rancho, donde consiguió ahorrar algún dinero y poco después tomó la resolución

de volver a su pueblo para hacerse cargo de su herencia.

Lo primero que hizo fué dejar a la pequeña Keala en un pensionado de San Francisco, para que recibiera una buena educación, con la intención de llevarla luego a su casa y no separarse de ella.

Hecho esto emprendió Cayena la marcha hacia su antiguo hogar, con la esperanza de ser nuevamente feliz con la confianza que le otorgarían los hombres que habían estado al servicio de su padre y con el recuerdo de la chiquilla que acababa de dejar, que le llamaba padre.

Después de varios días de marcha, pudo por fin contemplar otra vez, todos los lugares que recorrió en los primeros años de su vida.

El amor que el emigrante sentía por aquellas tierras era tan grande, que no cabía en su pecho y murmuraba entre dientes.

—Volver a contemplar el pedazo de mundo que nuestros pies pisaron por primera vez al llegar a la vida, es la razón suprema de vivir.

Mas de pronto, algo imprevisto vino a turbar la dulce melancolía en que se hallaba sumido. A pocos metros de donde estaba, se hallaba una mujer, a cuyos pies serpenteaba un río, cuyas aguas, serenas y límpidas, se deslizaban con el arrujo de una canción de amor.

Cayena detuvo la caballería que montaba

y quedó absorto contemplando a la esbelta mujer que tenía ante sí.

La aludida, sin darse cuenta de la presencia del forastero, se despojó de la capa, con que se cubría y se arrojó al río.

Creyó Cayena que la bella desconocida había caído involuntariamente al agua y, sin pensar en otra cosa que en salvarla, se arrojó al agua, apareciendo poco después con la muchacha en los brazos.

Su asombro fué grande cuando ésta, en vez de agradecerle su acción, le rerimió diciéndole indignada:

—Está visto que en ninguna parte se halla una segura. Es imposible a una mujer no tropezar con algún entrometido.

—Señorita, yo creí que se trataba de un accidente y corí a salvarla únicamente—repuso Cayena desconcertado ante la belleza soberana de aquella joven de cuerpo de Venus.

—Pero no se ha fijado usted, señor, que estaba tomando un baño!—le dijo nuevamente la muchacha, a lo que él le contestó algo más seguro de sí mismo.

—Mejor que mejor, señorita. Es preferible que haya incurrido en un error, porque ese cuerpo no lo merecen los peces... aunque sean de colores.

La gentil bañista, ante la acertada réplica del desconocido y conservando todavía sus du-

das, respecto a la equivocación de Cayena, le contestó severa:

—Puede usted estar seguro de que si hubiera pretendido quitarme la vida, no me habría puesto traje de baño.

—Yo no me fijé en ese detalle, si lo hubiera hecho, puede estar segura que no hubiera confundido su "maillot", que tan dulcemente ciñe su cuerpo.

La bañista no quiso escuchar más, o mejor dicho, no creyó oportuno seguir hablando con él. Al fin reconocía que no era lo que en un principio se había figurado, pero antes que seguir en la compañía de un desconocido, optó por subir a su automóvil y separarse de él.

—¡Señorita... señorita, se olvida usted la capa!—le gritó Cayena, cogiendo la prenda y corriendo tras ella.

—Tome usted, señorita, que el Sol, aun cuando se precia de galante, no la dejaría vivir en paz por corto que sea el camino que deba usted correr.

La bañista, forzosamente interesada por la insistente amabilidad de Cayena, le preguntó, con asomos de interés entre su altivez y su curiosidad:

—¿Quién es usted, señor malicioso?

—Soy Cayena Cackard—respondió el ex presidiario.

—¿Usted Cayena Packard? ¿El nieto del

propietario Derry Packard?—volvió a pre-guntar la joven.

—El mismo. El ex presidiario, como aquí me llabaman antes—repuso el muchacho—. ¿Y usted, señorita, podría decirme quien és?

Esperaba la contestación apoyado en la portezuela del auto y la joven en vez de responder a la pregunta puso en marcha al coche y el pobre Cayena dió con su cuerpo sobre el suelo.

No se enfadó por aquello, sino que se levantó y exclamó riéndose:

—¡Qué bromista es la bañista, caracoles!

III

Mientras tanto, en el Rancho Dorn ocurrían cosas bastante desagradables. Desde que murió el padre de Cayena, el abuelo de éste, el viejo Derry, como le decían en el lugar, se había apropiado de las tierras que le pertenecían a su nieto y nombrado a la mayor parte del personal.

Al mismo tiempo que se sucedían los hechos narrados en el capítulo anterior, todos los vaqueros del Rancho Dorn se hallaban comiendo en unión de Dick, el mayoral designado por el viejo Derry. Era un hombre de carácter agrio y de corazón duro como la roca, a quien

sus subordinados no podían ver, debido al mal comportamiento que con ellos observaba. Pero, entre todos, el que se destacaba por su aversión hacia Dick era Slim, fiel amigo de Cayena.

Entre los comensales se hallaba Bill Royce, el que escribió a Cayena, dándole cuenta de la muerte de su padre, antiguo mayoral que se había quedado ciego a consecuencia de una cobarde agresión, que no pudo descifrarse.

De pronto el nuevo mayoral llamó a su antecesor y éste, sin levantarse de su asiento, le contestó:

—¡Qué quiere usted, Dick?

—¡Su obligación es atenderme cuando le llamo!—exclamó Dick—. ¡Levántese en seguida!

El pobre ciego enrojeció de ira, pero, no obstante se calló, comprendiendo que lo más prudente era obedecer.

Iba a hacerlo, cuando una voz enérgica gritó:

—¡Envíele al infierno, Royce! ¡Ahora estamos comiendo y no es hora de mandar!

—¡Qué rebeldías son esas, Smit!—exclamó el mayoral, volviéndose rápido para quien de aquella forma quería inmiscuirse en sus asuntos, restándole autoridad.

Animado por la ayuda del buen compañero, Royce se levantó de su asiento y llegando hasta donde estaba Dick le dijo:

—Hasta ahora he tolerado sus impertinencias por respeto al verdadero dueño que está ausente, pero hay un límite que jamás consentiré traspasar... ¡Puede usted guardarse su despotismo para mejor ocasión!

—¡Calla, viejo infútil! —le interrumpió Dick. —Aquí no hay más amo que el viejo Derry y yo, que le represento, mando a mi gusto! ¡De forma que si no te conviene ahueca el ala! —Y le arrojó de su lado de un puñetazo, que hizo rodar al pobre anciano por el suelo.

Los demás vaqueros se pusieron en pie para impedir que Dick siguiera maltratando al ciego y Smit, en un arrebato de indignación, se abalanzó sobre el inhumano mayoral. Los dos hombres se enlazaron en una lucha horripilante, hasta que en el momento de mayor auge, apareció Cayena y separó a los que reñían. Dick y el recién llegado se midieron mutuamente con la mirada, hasta que por fin este último exclamó:

—¡Soy Cayena Packard! ¿No me conoces, granuja? Eres un intruso en mi Rancho y te echo de aquí ahora mismo. ¡Fuera de mi propiedad!

A pesar de no reconocer a otro amo más que al viejo Derry, Dick no pudo menos que obedecer al que sabía mantener sus derechos legítimos con la razón de sus puños y se fué a

dar cuenta de lo qué acababa de suceder al viejo Packard.

En el rostro de todos los vaqueros era fácil adivinar la alegría que había producido la llegada de Cayena. El era el amo verdadero, el que necesitaban para seguir viviendo en el Rancho, con la misma fraternidad de antes.

Cuando se acabaron los abrazos entusiastas de los muchachos, Cayena preguntó por el antiguo mayoral, diciendo:

—Y Royce, ¿dónde está mi fiel Royce?

—Aquí —respondió el aludido—. Me he quedado ciego hace poco y en este instante daría mi vida por poderlo volver a ver.

—¡Qué desgracia tan grande! —se lamentó Packard, pensando que lo más fácil era que Dick, a quien conoció en otros tiempos, no fuese del todo ajeno al accidente que oasionó la ceguera al pobre viejo.

Cuando amo y mayoral quedaron, por fin, solos, éste entregó a Cayena un encargo de su padre, consistente en un sobre, en cuyo interior iba una carta y diez billetes de mil dólares.

—¿Están todos los billetes, verdad? —preguntó el ciego.

—¡Cabales! —respondió Cayena—. Es usted un hombre honrado y nunca sabré cómo pagarle esta acción.

—No, Cayena. Yo no admitiré nunca el pa-

go de un favor. ¿Hay alguna carta en el sobre?

En efecto allí había una carta que decía:

Mi querido hijo: Nuestro fiel mayoral Bill Royce te entregará con la presente diez mil dólares en billetes. Mis últimos pensamientos son para ti. Sé feliz, hijo mío.

Tu amante padre

JOHN PACKARD.

Después que la hubo leído contestó Cayena a la pregunta del mayoral diciéndole:

—Sí, la carta también está. De todos modos usted sabía lo que dice, ¿verdad?

—Sí, su padre me la leyó antes de encerrarla. De memoria podría decirle su contenido.

En la seguridad de que nadie los veía, Cayena volvió a esconder el dinero con la carta, sin darse cuenta de que Dick, oculto detrás de la ventana acechaba todo lo que ocurría en el interior de la casa.

IV

Al día siguiente, después de almorzar tranquilamente, Cayena y su fiel Royce, salieron al campo a pasear. De repente un auto anun-



— Que feliz casualidad, señorita.

ció, con el estruendo de su bocina, la llegada del viejo Derry, quien al encontrarse al lado de su nieto le dijo en sentido de reproche:

—A raíz de salir del presidio te recomendé que no volvieras a poner los pies en la comarca, pero por lo visto has olvidado que significa la deshonra de nuestro nombre.

A las palabras del viejo, Cayena, sin perder su serenidad, contestó tranquilamente:

—No hay falta en el mundo que no pueda repararse. He malgastado más de un año en inútiles correrías y ahora estoy dispuesto a dedicar todas mis energías por la prosperidad de mi Rancho.

—¡Alto ahí!—le interumpió el viejo—. El Rancho no es tan tuyo como crees. Está hipotecado en garantía de diez mil dólares que le presté a tu padre poco antes de morir. Se me deben ya seis meses y si no me los pagas te obligaré a vender la finca.

—Calma, abuelo, calma. Le pagaré a usted, no lo dude. Este Rancho dentro de poco ha de ser el mejor de este lugar.

Enfurecido y maldiciendo la mala idea que había tenido su nieto de volver al pueblo, se separó el viejo Derry de él, mientras que Royce, que había oído toda la conversación, sonreía satisfecho de la energía de Cayena, considerándole el hombre indispensable para arrancar de las inmensas propiedades que le pertenecían el mayor fruto posible.

Aquella misma noche, los deseos de venganza, que se habían arraigado en el alma ruin de Dick tuvieron ocasión de satisfacerse. Para ello entró sigilosamente en la casa del Rancho y directamente se fué al sitio donde la víspera vió a Cayena ocultar el dinero y la carta de su padre.

Se apoderó de todo ello, pero al ir a salir se encontró con Smit, que encañonándolo con su pistola le gritó:

—¡Alto ahí, amiguito! ¡Ya puedes dejar ese dinero, que ahora vamos a arreglar nuestras cuentas!

Dick no se intimidó y contestó tranquilamente:

—Puedes hacer lo que quieras, pero busca el medio para que Cayena pueda probar la propiedad de estos dólares.

Aquel razonamiento desconcertó al pobre Smit, a la vez que Dick se ufanaba de antemano de la victoria obtenida.

Entre tanto, en el próximo Rancho, la gentil bañista se encontró de nuevo con Cayena, que saltó al auto de la joven y exclamó:

—Qué feliz casualidad, señorita. ¿Quiere usted acompañarme en su auto a mi Rancho?

—Le parece a usted galante—respondió Terry, que así se llamaba la muchacha—presentarse en mi auto como acaba usted de hacerlo?...

—No se enfade usted que pierde todos sus

encantos y hasta se pone fea—contestó Cayena, echando a broma el enfado de la joven, que volvió a decirle:

—¿Cree usted que me hace alguna gracia? Pues se equivoca. Me es usted el hombre más antipático que he conocido.

—De verdad que lo siento, señorita Terry. Sin duda alguna, cree usted que soy malo y por eso me trata de esa forma, pero créame usted que haría imposibles para convencerla de lo contrario y lograr su amistad.

Cuando llegaron al rancho de Cayena, éste descendió del auto y la dijo:

—Muchas gracias, señorita, por haber aceptado mi compañía hasta aquí... No sabré cómo pagarle...

Terry le miró irritada y, sin encontrar palabras con que expresar su indignación, emprendió veloz carrera, dejando a Cayena que pensaba interiormente que aquella muchacha temía su presencia por el mote que había llevado de "ex presidiario". Y encogiéndose de hombros, como desechar todos los prejuicios que se fundaban en su pasado, fué a entrar en su casa en el preciso instante en que Dick le ofrecía dinero a Smit, para que dejase el rancho de Cayena.

Comprendió éste la nueva infamia del mayoral y entró en la habitación exclamando:

—¡Venga el dinero, ladrón!

Le entregó Dick los billetes y Cayena, después de contarlos le volvió a decir:

—¡Venga la carta que había dentro del sobre!

—¡Dentro del sobre no había otra cosa!—repuso el malvado.

—¡Canalla, entrégame la carta y no intentes agotarme la paciencia porque te podría pesar!

—¿Qué me podría ocurrir?—contestó cínicamente Dick—. ¡Nada! ¡Ningún tribunal me meterá preso por el testimonio de un ex presidiario y un ciego!

—¡Nadie habla aquí de tribunal!—gritó Cayena fuera de sí—. ¡El tribunal soy yo en este caso y voy a hacer justicia con mis puños! ¡*De hombre a hombre!*! Es el medio más honrado!

Y cuando los hombres de Dick, intranquilos por la tardanza de su jefe, fueron a buscarle, Cayena les arrojó el cuerpo del cabecilla diciéndoles:

—¡Ahí tenéis a vuestro jefe! Comprad toda el árnica que haya en el pueblo, que es fácil que la necesite.

—¿Porque? —dijo el muchacho—. Yo no quería que Cayena se quedara sola en el Rancho. —

—¿Porque? —dijo Cayena—. Yo quería que Terry se quedara sola en el Rancho.

V

Algunos días después, Cayena tuvo que marchar a la ciudad y aprovechó la ocasión para pasar por la casa de Terry, que exclamó al verlo:

—¿Es que no voy a estar segura ni en mi propia casa? ¿Viene usted acaso a salvarme de algún peligro?

—Nada de eso, señorita Terry. Voy a San Francisco y he venido por si quería usted algún encargo de la ciudad—respondió Cayena.

—Es usted muy amable—dijo la muchacha irónicamente—, pero siento decirle que jamás confiaría nada a un Packard.

En el rostro de Cayena se reflejó tal tristeza, que Terry, compadecida de él y comprendiendo el daño que había ocasionado con su ligereza, se apresuró a decir:

—De todos modos siempre será un consuelo para usted saber que no le desprecio ni le odio tanto como su abuelo y Dick.

La manera con que pretendió excusarse la



—Mi mamá ha muerto.

muchacha no le fué del todo desagradable a Cayena que se dijo interiormente:

—Después de todo la vecina no me odia tanto como yo creía.

Pasaron los días y Cayena, cumpliendo la palabra dada a la madre de Keala, volvió con la niña al Rancho, para que viviera con él como hija suya. Los vaqueros, cuando se en-

teraron de las causas, por las que su jefe había prohijado a la chiquilla, comprendieron, ante esta nueva prueba de nobleza, toda la bondad del corazón de quien les mandaba.

A la mañana siguiente de su llegada al Rancho, se presentó a Cayena un vaquero ofreciéndole en arriendo los terrenos del viejo Derry, diciéndole que acababa de comprarlos.

—No conozco bien esos terrenos y quiero consultar antes con mis amigos—repuso Cayena, examinando la escritura de compra que le mostraba el nuevo propietario.

Casualmente, mientras trataban el negocio, se acercó a ellos Royce, acompañado de Smit, y Cayena les confió el asunto que venía a ofrecerle el forastero.

—El Rancho tiene buenas praderas y el ganado podrá pastar a su gusto—contestó el ciego.

—Yo creo que es un buen negocio y que debe aceptarlo—le aconsejó Smit.

Cayena, en vista de la aprobación de sus dos amigos, no dudó más y algunos minutos después quedó cerrado el trato.

Todavía comentaban los tres amigos las ventajas que podrían obtener con el arriendo de las tierras del viejo Derry, cuando se presentó la preciosa Terry, que venía en plan completamente financiero.

Cayena la vió llegar y sintió latir su corazón con más fuerza que nunca.

—¡No puede imaginarse la alegría que me da el verla en mi Rancho!—exclamó ofreciéndole la mano, que ella aceptó gustosa.

—He venido a su Rancho para tratar de negocios—repuso la muchacha sonriendo—. Vengo a ver si nos ponemos de acuerdo para que mi ganado paste en sus propiedades.

—Usted puede disponer hasta de mi camisa—contestó Cayena en tono de broma.

La conversación dejó de tener el carácter comercial con que había principiado, para seguir otro curso mucho más amistoso y que, por lo que se veía, parecía agradarle a Terry tanto como a Cayena, hasta que un incidente puso fin a la agradable entrevista.

La aparición de la pequeña Keala llamó la atención de la joven, que preguntó a su vecino:

—¿Es hija suya esta niña?

—No, señorita, prometí cuidar de ella y cumplo mi promesa—respondió Cayena.

—¿Dónde está tu mamá?—le preguntó la joven a la chiquilla, tomándola en brazos.

—Mi mamá ha muerto. Yo no tengo más que papá—contestó la niña, señalando a Cayena.

El efecto que aquellas palabras causaron en Terry, se manifestó inmediatamente en su actitud. Dejó a Keala en el suelo y se alejó, después de decirle a Cayena:

—Me lo debía haber figurado... Lo menos que podía usted haber hecho es ser franco.

* * *

Las infernales maquinaciones de Dick parecían que habían cesado por completo, pero esto no era más que en apariencias, puesto que Dick continuaba trabajando en la sombra, como lo probaba la conversación que sostenía con el viejo Derry, a quien le decía:

—¿Ha dado usted a su nieto permiso para meter el ganado en las praderas de su Rancho?

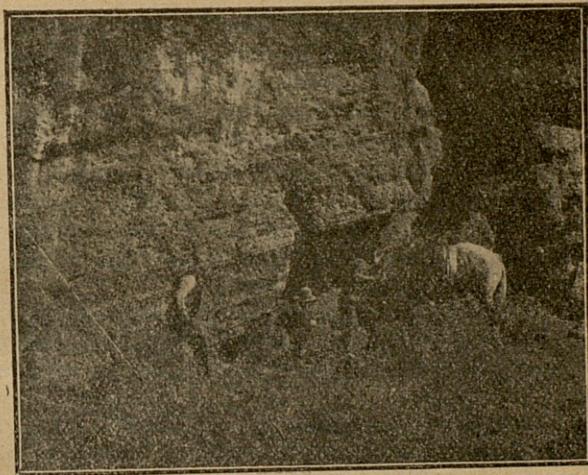
—¿Cómo?—exclamó indignado el abuelo.—¿Mi nieto roba los pastos de mi hacienda?

—No es eso solamente—continuó diciendo el ex mayoral—. Once de sus mejores novillos han sido envenenados la semana pasada.

La ira del anciano se desató y le ordenó furioso:

—Mañana, al amanecer, ordene a sus hombres que ahuyente el ganado de mi nieto que esté en mis propiedades, hacia el despeñadero. ¡Ahora va a saber quién soy yo!

Pero al día siguiente, Cayena, reconciliado ya con Terry, se dirigía al Rancho de su abuelo, para preguntarle el porqué seguía pastando su ganado en las praderas que él había



...y se dirigieron hacia el despeñadero...

arrendado, cuando vió la maniobra de los bandidos y le dijo a su compañera:

—¡Esos canallas pretenden despeñar el ganado! ¡Lo único que puede impedirlo es poniéndole una barrera de fuego delante!

Espolearon los caballos y se dirigieron hacia el despeñadero, incendiando la vegetación e impidiendo que el ganado llegara a él.

Terry estaba poseída de un pánico horrible, puesto que la mayor parte del ganado era suyo y Cayena procuró tranquilizarla diciéndole:

—No se asuste, nos defenderemos hasta la muerte, si la cortina de llamas no surte efecto.

Terry, ante la noble actitud de su vecino, olvidó por un momento el peligro y estrechándose contra su pecho le dijo:

—Es usted un hombre bueno, Cayena; le debo una confesión. Si algo desagradable nos ocurriera con esos canallas, sepa que... correspondo a su simpatía... que le quiero como me consta que usted me quiere.

Y los dos enamorados se abrazaron con frenesí. Era la Bondad que triunfaba de la Maldad.

GRAN ACONTECIMIENTO LITERARIO

La selectísima publicación de

LAS GRANDES NOVELAS DE LA PANTALLA

editarán en su próximo número

¡Mi hijo antes que nadie!

PRECIO
1'50 ptas.

vigorosa concepción dramática
debida a la pluma del laureado
CHARLES MÉRÉ

VI

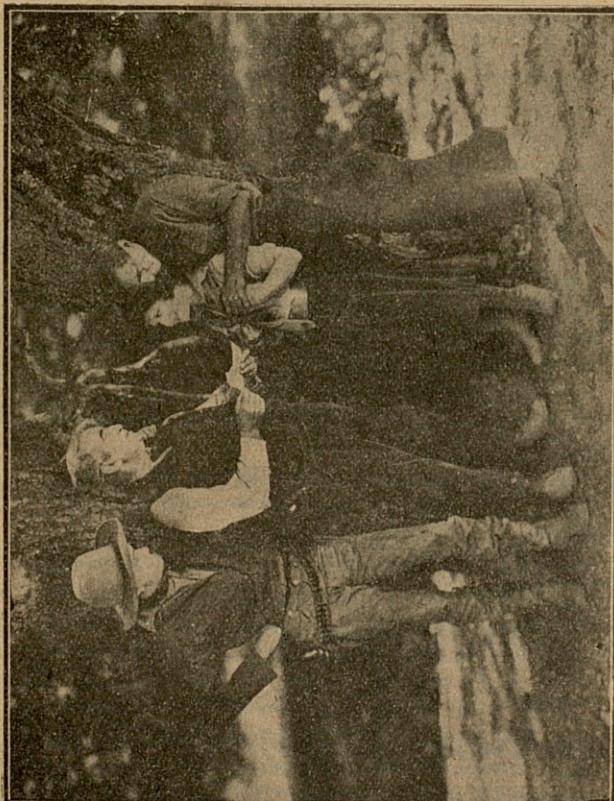
Las llamas consiguieron detener al ganado y despejada la situación, Cayena se acercó a su abuelo, que dirigía la banda de malhechores y le dijo:

—He arrendado este terreno a un tal Andy Spragne, ¿por qué se mezcla en este asunto?

El viejo Derry comprendió que él también había sido víctima de Dick y contestó enfurecido:

—¡Ya está descubierto el engaño! Spragne no tiene nada que ver con estos terrenos. Es un canalla al servicio de Dick. ¡Ha llegado el momento de que los Packard luchemos contra el enemigo común!

Dick se había ocultado en un pico gigantesco y allí lo esperó Cayena para luchar con él de la única forma que sabía "De hombre a hombre". La pelea fué larga y angustiosa, hasta que un paso en falso precipitó a Dick desde la altura.



—Perdone, hijo mío — exclamó el viejo Derry.

Cuando llegaron a él no pudo más que señalar hacia uno de sus bolsillos, donde el viejo Derry encontró una carta que decía:

Querido padre: En los umbrales ya de la otra vida, debo confesar, a despecho de la promesa hecha a mi hijo Cayena, que fui yo quien falsificó su firma y que si él asumió la responsabilidad fué por salvarme de ir a presidio.

JOHN PACKARD.

—Perdona, hijo mío—exclamó el viejo Derry cuando terminó la lectura—. Tú eres el más puro Packar de toda la familia...

Iba a seguir hablando, pero su nieto se lo impidió diciéndole, a la vez que estrechaba a Terry:

—Olvidemos lo pasado y seamos felices en lo futuro.

FIN

¡LEA USTED! la creación
del malogrado

Rodolfo Valentino

El Aguila Negra

Lujosamente editada en la colección de
Las Grandes Novelas de la Pantalla
con artísticas fotografías a 1'50 ptas.

y la reducción literaria de la misma en

Biblioteca Films

— 25 céntimos —

Pedidos a **BIBLIOTECA FILMS**
Apartado de Correos 707 - BARCELONA

DEBE USTED COLECCIONAR LA
■ Biblioteca Romántica ■

que contiene las más famosas novelas francesas de carácter amatorio y sentimental

EL SECRETO DE UNA VIDA

MARCEL PRIOLLET

¡TUYA!... *FERNAND PEYRE*

ROSAS DE SANGRE
G. SPITZMULLER

LA HORA DEL AMOR
H. LANGLADE

EL AMOR VENCE A LOS CELOS
H. J. MAGAO

PECADOS DE JUVENTUD
GASTON VINCENNES

SANGRE SOBRE UNA ROSA
E. DE RICHE

UNA MANCHA SOBRE EL PASADO
JEAN DE SAINT-ELME

64 páginas de texto : Más de 150.000 letras
Portada a todo color por RAPSOMANIKIS

30 céntimos cada novela

BIBLIOTECA FILMS

APARTADO No. 707 - BARCELONA

SOLICITAMOS CORRESPONSALES

Pídanos hoy mismo Catálogo y condiciones de venta